

"La poesía necesaria", escribí en este poema por los años sesenta, y he aquí que hoy en Valladolid se nos convoca bajo ese mismo lema que más que declaración asertiva contiene una pregunta. ¿Necesaria, la poesía? Sí, muy bien.

Pero ¿para qué? ¿Y para quién? Se oyen muchas aproximaciones: La poesía que mueve a los pueblos (lo dijo un falangista iluminado) y la poesía que fomenta la solidaridad entre los hombres y hasta puede acrecentar el rendimiento de los trabajadores y de las máquinas (en totalitarismo de signo contrario).

Yo no sé más clave que la mía propia, personal y subjetiva, o sea, nada dogmática.

Tengo la dependencia de la poesía: de leerla, siempre; de crearla, las escasas veces en que me llega el recado de lo alto, o de abajo o de los lados, que esto no lo sabe nadie.

Si no sé de dónde, sí sé que la poesía puede llegarme a cualquier hora, pero muy especialmente -veo que sigo en mi subjetividad- en el declinar de la jornada. Cuando más necesito la consolación. Me identifico así con el poeta (en verso o en prosa, esto no importa) de Automoribundia. Esta es la confesión patética de Gómez de la Serna: "Yo ya he encontrado un consuelo en la exageración de las cosas, en la multiplicación de la realidad, en los subterráneos de una casa de pianos". Es el consuelo de la poesía sobreponiéndose a la racionalidad mostrenca, y sigue Ramón: "Esa marginal locura que yo utilizo (...) es un hiperespacio que Dios me ha concedido para que no sean tan sórdidas las ocho de la noche.

A mí me ocurre que cada vez soy más exigente con la calidad del mensaje y con la honradez (poética) del mensajero. Como poeta publico menos de lo que escribo. Van quedando atrás los tiempos de las ediciones casi periódicas: *El Regreso* en Adonais, Los libros en El Bardo, aquella aventura de Batlló donde fui repetidor con *Del monte y los caminos* y *Dibujo de figura*, o el *Cancionero de Sagres*, melancólico de amor a Portugal, y la inolvidable colección que Enrique Badosa, alto poeta él mismo, pilotaba en Plaza y Janés bajo el indicativo de Seleccion de Poesía Española. Últimamente, queridos amigos, pudiera ocurrir que mi perfil de poeta apareciese algo solapado por el de contador de historias. Y me atreverla a aventurar un motivo.

Han dado en decir que escribo cuentos no desdeñables, y no es costumbre entre nosotros reconocerle a un cristiano el ejercicio de dos virtudes. O vales para esto, o vales para lo otro. Las dos cosas, no. Por esto me alegra estar hoy en esta convención de poesía de Valladolid, tan total y abarcadora, donde me reencuentro con entrañables compañeros de mis primeras andaduras y reconozco nuevas voces que ya me interesaron o inquietaron en sus publicaciones. Bueno, me alegro por esto y porque nunca he aflojado mis lazos con la poesía, ni siquiera cuando escribo en prosa. Y no es que en mis cuentos yo haga prosa poética, nada de eso. El lucro que he sacado de la poesía en verso es la valoración del tesoro que supone cada palabra, la demiurgia de nombrar, el poder de sugerir. A veces, la poesía se ha colado

descaradamente en el relato, como en un juego de metapoesía:

LENTA ES LA LUZ DEL AMANECER EN LOS AEROPUERTOS PROHIBIDOS

Una vez estaba Pepín Ramos el poeta inspirado en la taberna que llaman el Senado, sentado a la mesa tosca, haciendo su papel de poeta inspirado. Todos lo respetamos mucho en sus esperas de la voz misteriosa, aunque nunca se le haya visto una página terminada. Vino un parroquiano de la taberna con la alegría lúcida de los primeros vasos, y fisgó el renglón que campeaba en la hoja:

Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos.

El verso hermoso, todavía único con que iba a arrancar el poema.

El parroquiano suspiró:

-Es un buen empuce, Pepín. Pero ahora qué.

Esta es una página de mi libro de narraciones *Picassos en el desván*. ¿Es un casi relato? ¿Es un casi poema?

LA ESQUELA

En la mesa de mármol del casino estaba el ABC memorioso y decía, doña Helena de Fiore de Luna y Pérez de la Plana, condesa de la Plana y de Santarcángelo, falleció en accidente en La Spezia (Italia) el día 31 de mayo de 1980. Hay una cruz, hay una esquila honrosa, sus padres excelentísimos, sus ilustrísimos hermanos.

La condesa Helena contaba 19 años de edad y en la tarde del casino de un pueblo como el nuestro, era imposible no ver una verja de hierro entornada, una fuente en un parque, el cuello de una estatua.

Sin llegar a estos microrrelatos, mi poesía ha estado siempre tocada de una influencia narrativa. Me conforta algún precedente glorioso. Sé una historia conmovedora y que podría ser de ahora mismo. Una chica como tantas otras va sola por un lugar desguarnecido y sufre un intento de agresión sexual. La chica se defiende, quizá se defiende con vehemencia desproporcionada (y este exceso va a dolerle toda la vida), tanto que, en el forcejeo, el arma del agresor se revolverá contra el hombre y a este le causará la muerte. La historia tiene matices, lecturas diversas. Puesta sobre el papel sería un relato de cinco o de cincuenta páginas. Y es sólo una maravilla de nuestro romancero en unas decenas de octosílabos. ¡Y que bien narrado el lance! ¡Y con qué ausencia de prosaísmo! La chica va por aquellos prados verdes y "con su andar siga la hierba, / con los zapatos la trilla, / con el vuelo de la falda / a ambos

lados la tendían. Y el final patético cuando ella, ¿más enamorada que ofendida? sobre el cuerpo inerte del desdichado llora "con honra y sin alegría". Queden salvadas las distancias, pero cuando escribí mi poemario Dibujo de figura no tenía yo conciencia de que estaba urdiendo la crónica de un tiempo ruin, enemigo de la felicidad de los jóvenes cuerpos.